

Manifiesto

Preparación: Diócesis de Madrid

YA QUEDA MENOS PARA LA LUZ

Todavía cuesta dar crédito a la situación de pandemia por Covid-19 en la que estamos inmersos. Cuando se profundiza, emergen algunos elementos que existían previamente en una sociedad bastante adormecida: vivimos llenos de prisa y ruidos sin pararnos a pensar, nos colocamos en el individualismo que prioriza el tener sobre el ser en relación con las demás, partimos de un sistema sanitario debilitado con una insuficiente dotación de recursos debido a políticas centradas en el mercado, estamos en una crisis climática consecuencia del sistema productivo y, además, sufrimos un sistema laboral que lleva mucho tiempo generando inequidad, desigualdad y pobreza...

Emocionalmente nos sentimos vulnerables ante el virus, frágiles ante la enfermedad, con soledad ante el aislamiento, y con muchas incertidumbres por la inestabilidad en lo laboral y familiar. Porque esta crisis sanitaria ha traído ERTEs, cierres de empresas, teletrabajo con jornadas laborales ilimitadas, trabajos con insuficientes medidas de protección, pérdida de empleo en personas en la economía sumergida.

Y porque esta crisis ha puesto de manifiesto que una vez más son las personas de los barrios más pobres las que más se han visto afectadas (personas migrantes sin contrato, personas sin techo, personas hacinadas en infraviviendas, personas refugiadas, criaturas fuera del sistema educativo por la brecha digital...).

Por otro lado, la crisis ha sido tierra fértil donde abonar. Así, esta situación ha traído la necesidad de repensar una sociedad más centrada en los cuidados; la necesidad de reivindicar otro sistema laboral en el que, por ejemplo, se dé visibilidad y reconocimiento a trabajos muy mal pagados pero muy imprescindibles como son los servicios de limpieza; o la necesidad más inmediata de construir redes

comunitarias de barrio que escuchan la fragilidad de los más débiles y elaboran acciones de acompañamiento y solidaridad.

En nuestro ser cristiano y obrero nos sentimos llamados a ser personas comprometidas a pesar del miedo, la incertidumbre y la fragilidad. Necesitamos recuperar la alegría y el impulso, a ser con otras personas. Queremos un futuro digno y decente donde se ponga en el centro la persona y el cuidado del planeta. Queremos ser portadores del Reino de Dios y de la Buena Noticia.

Por eso nos sentimos reflejados en las personas con las que se encontró Jesús cuando «al ver la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque están cansados y abatidos, como ovejas sin pastor» (Mt 9,36); sentimos la presencia de Dios, que, como hacía Jesús, «recorre todas *nuestras* ciudades y aldeas, enseña en *nuestras* sinagogas, *sigue* proclamando la Buena Nueva del Reino [en medio de tantas dificultades y desesperación], y *sigue* sanando toda enfermedad y toda dolencia» (Mt 9,37).

Así, Jesús nos sigue llamando para ser las manos, los pies, los ojos, los oídos del Reino, y nos sigue dando «poder sobre los espíritus inmundos [¡hay de tantos tipos: engaños, desesperación, silencios cómplices, desilusión...!] para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia» (Mt 10,1). Y a pesar de nuestra debilidad, nuestra insignificancia, nuestros fracasos..., se sigue fiando de nosotros, se acerca a nuestras vidas, como a la suegra de Simón, nos toma de la mano, nos levanta, y nos invita al servicio (cf. Mc 1,21), porque «la mies es mucha y los obreros pocos» (Mt 9,37).

Porque ante situaciones de shock colectivo lo habitual es buscar los espacios de confort, o quedar «mirando al cielo» (Hch 1,11), esperando la respuesta de arriba, de las autoridades o de Dios. Y así, a pesar de nuestros miedos, de haber cerrado nuestras puertas por miedo, a pesar de nuestras faltas de confianza y de nuestras inseguridades, Jesús se presenta en medio nuestro y nos da su paz y su Espíritu, porque su presencia, incluso resucitado, es con las heridas de las manos y del costado, y nos dice, como a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente» (Jn 20,27).

Por todo esto, nos reconocemos en esta crisis humildes, necesitados de los otros, de Dios Padre-Madre, reconociendo que, como dice Jesús: «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos» (Jn 15, 5). Y es que el hiper-individualismo nos ha vuelto infelices y vulnerables.

Sabemos que en la mayor parte del mundo el coronavirus es un problema más de una lista de problemas y lucha por la vida. En nuestra realidad, lo es para muchas familias que comparten una habitación, que viven el día a día y no disponen de redes de apoyo, inmigrantes sin papeles, personas encarceladas, o con problemas psicológicos... Todos y todas somos uno, hijas e hijos de Dios. Nos acordamos especialmente de los que no están y nos han dejado este año. Su recuerdo y luz habita entre nosotros.

El Reino de Dios lo hemos descubierto en la red de despensas solidarias, en los vecinos ayudando a los que lo necesitan, en los aplausos, en unos sanitarios y profesores que se dejan la vida cuidando a los demás, en las personas que se lanzan al mar a ayudar a nuestros hermanas y hermanos, y en miles y miles de gestos, actitudes y hechos que son imposibles de detallar.

Hacemos una llamada a las élites económicas y políticas para cambiar de modo de proceder. Hay que poner la persona en el centro, no el beneficio ni la acaparación de poder; pensar y actuar de cara a los más desfavorecidos y de la mayoría, no del 1% acomodado de la sociedad. Y así escuchar los gritos ahogados del Mediterráneo, reaccionar ante la soledad y aislamiento de nuestros mayores, los cuidados de los más pequeños y sus familias, el futuro difícil e incierto de los jóvenes. Poner urgentemente los recursos necesarios para una sanidad y educación pública dañadas y deterioradas tras años de neoliberalismo, porque son imprescindibles en una sociedad digna basada en los cuidados.

Puede que este año tan incómodo, doloroso, tan aterrador, nos despierte de la realidad y nos ayude a descubrir al otro, la necesidad de cambio, a soñar y trabajar por el cambio. Un tiempo en el que nos unimos, en vez de separarnos más.

Falta poco para que un día podamos salir a bailar a las calles y plazas sin miedo, junto a nuestros seres queridos y personas que no conocemos.

Hoy es un día menos en este dulce y armónico despertar de más de 2.000 años, donde finalmente pondremos el amor y la compasión como estilo de vida radical, conectado a los más necesitados del planeta, en sintonía con la madre tierra que nos acoge.

Ya queda menos para la luz.

Estos son nuestras esperanzas, nuestros sueños, nuestros compromisos. Estas son hoy nuestras exigencias.

María madre de los pobres, ruega por nosotros..